

Augusto Pinto

De nuestro barrio Huemul a las soledades del Atlántico

HEMOS dejado nuestro barrio tan animado como siempre. Con sus calles polvorientas bañadas de sol.

La hilera de conventillos arroja fuera de sus chozas, al menor incidente, la turba bulliciosa de sus perros, sus niños, sus mujeres, sus hombres. La cabalgata de los guardianes, que dispersa los grupos primeros, y se lleva al pendenciero y al ladrón, abre un surco en la muchedumbre que se ha hecho compacta, como la rueda en el barrial. Un instante después todo vuelve al mismo estado. En las noches no falta un rincón sombrío donde se inflame la alegría de la cueca. A través de las cuerdas de la guitarra y las voces roncadas de los borrachos, el dolor escondido de una raza se asoma. El chuico vierte entusiasmos en los pechos y prepara las tragedias. Pronto el ladrido de los perros animará el combate de los hombres como estos animaron la pelea de los perros.

Esta es el alma de mi barrio y en ella se modela el alma de los niños.

Vendrá el invierno. La gotera persistente humedecerá la pieza sin fuego; en el lodazal de las calles, irá el niño descalzo, encogido de frío, a buscar algo para la madre... Y después... ¿Quién sabe lo que vendrá?

Sin embargo, hoy los hombres saben como debe educarse la

infancia, y los materiales están en sus manos. ¿Cómo empezar la regeneración? He aquí lo que quisiera saber a mi vuelta.

Vencidas todas las dificultades estamos ya a bordo del «Oriana».

Aún cuando la navegación moderna ha desterrado lo imprevisto, la emoción nos domina. Todo movimiento y todo eco se prolongan dentro de nosotros. Las amarras que se sueltan, las voces de mando, el pitazo de partida, la pequeña zanja que ya nos separa del muelle, las últimas palabras de los amigos, sus pañuelos que se agitan, como blancas alas prisioneras y los besos de la mujer y los hijos ardiendo aún en nuestras carne nos producen un temblor desconocido. De la sombra que está en el fondo de todo paso humano surge queda y grave una pregunta ¿volveremos a vernos?

Entregados al destino, nos alejamos en silencio. Un momento más tarde todo ha cambiado. Del rumor del puerto nada se oye; todo movimiento parece suspendido; los muelles, los edificios van empequeñeciéndose; el hombre mismo ha desaparecido. Sólo quedan manchitas borrosas en las faldas de los cerros. Ahora el esplendor sencillo y profundo del cielo, del mar y las montañas, envuelve al pequeño enjambre que navega.

La tarde cae suave como un consuelo... La fuerza del ensueño renace ante los brazos abiertos de la inmensidad.

Del plano magnífico donde no hay desigualdades descendemos al de la realidad. Una campana sonora, capaz de estremecer a los sordos, nos invita a comer. Entre desconocidos, sin decir palabra, nos sentamos a la mesa. No hay flores, mantel ni servilletas; es comprensible; no nos han traído cuchillo ni tenedor; el plato es de latón negro como los de las cárceles, y nos van sirviendo sin cambiarlo ni lavarlo. Esto es ya repugnante y casi nadie come.

Luego, mientras se distribuyen los camarotes, mi compañero, que nunca abandona el sentido de la realidad, se ha sentado sobre nuestras maletas. Yo me sumo en el horizonte.

Hemos de acostarnos sobre una colchoneta dura, sin sábanas ni cubiertas. Esto puede ser higiénico pero huele mal y nos ins-

pira toda la repulsión del mundo. Así comienza nuestro viaje idealista.

Al amanecer del tercer día llegamos a Antofagasta, estando aun encendidas las lucesillas temblorosas de sus calles. Mientras se da la orden de desembarcar la gente comenta los progresos del puerto; se recuerdan las hazañas de algunos hombres en las luchas políticas, la dura vida de las pampas y alguna fecha dolorosa. Desde el barco el espectáculo es más bien pobre. Altos cerros con sus cumbres arrebujaadas en las nubes estrechan la ciudad contra el mar. La aridez de la tierra y el caserío menudo dejan una sensación penosa. Se piensa que están allí para una tarea sin alegría. ¡Cómo cambia, el ramaje de un árbol corpulento, la fisonomía de un pueblo!

Después del asalto de los boteros las cuadrillas de estibadores empiezan su tarea. Pesados lingotes de metal se sacan de las lanchas para depositarlos en las bodegas. Durante todo el trabajo las injurias se mezclan con las voces de alerta. Bañados en sudor, insensibles a la fatiga, realizan sus movimientos como dominados por la cólera. Se diría que son condenados a una faena maldita.

En los demás puertos del litoral chileno se repitieron nuestras impresiones, a excepción de Arica que nos sugirió ideas distintas. Frente al Morro histórico había buques de Estados Unidos, Perú y Chile. Nada se embarcó: ni metal, ni salitre, ni frutos; y nada se dejó, fuera de algún funcionario anónimo y de una simpática chilena que se paseaba entre nosotros con el aire altanero de una reina plebeya.

Nuestro itinerario se cumple regularmente. En el Callao uno de nosotros va a tierra medio temeroso del odio al chileno. En el correo, el mercado, el restaurant y en la calle nadie nos dice ni una palabra de malicia. En un excelente tranvía eléctrico vamos a Lima. En los cortos momentos que vagabundeamos podemos darnos cuenta del esfuerzo de la capital para ser una ciudad moderna. El panorama que la rodea es hermoso. Cortinajes de montañas azuladas cierran el horizonte; vegetación abundosa bajo la prodigalidad del sol que mitigan las brisas del mar cercano. Cielo y porvenir abiertos.

Contrastando con sus palacios vimos, sí, el populacho miserable, la mujer indígena con su cría a la espalda. Esto nos hizo pensar con tristeza en la vida de las serranías tan ajena todavía del progreso. Nuestro pensamiento volvió también al barrio odioso que acabábamos de dejar y a la choza de nuestros campesinos.

Vueltos a nuestro encierro en la proa del «Oriana», tenemos la grata sorpresa de ver que nuestro régimen cambia considerablemente. Fundas limpias para nuestras camas, servicio completo, platos blancos, un sorbo de vino en las comidas y un jarro de té en la tarde. ¿Qué había ocurrido? Sencillamente. Estábamos fuera de la zona peligrosa. El castigo recibido en las costas de Chile es debido a la fama de ladrones que tenemos. *Los rotos se llevan cuanto pueden desprender del barco* es la afirmación corriente entre los empleados de la Compañía. Más tarde oímos decir de los españoles algo semejante. Bravas discusiones mantuvo mi compañero sobre este tema.

Mientras tanto los días pasan bajo el sol ardiente del Ecuador. Las costas que creímos ver cubiertas de bosques nos presentan áridas soledades que nuestra imaginación volando sobre los siglos puebla de humanidades felices. Así, hasta el Canal de Panamá. Desde la entrada a Balboa, con sus islotes cubiertos de jardines, la curiosidad aumenta. Los ojos ávidos descubren, ora sitios deliciosos donde la pareja dichosa puede también aparecer, ora maquinarias hundidas en el fango que recuerdan la derrota del genio francés. La animación general y los trajes vistosos de las damas dan al barco un aire de fiesta. Más allá las colinas se adormecen ante el cielo radioso. Sobre nosotros el rumor de un aeroplano que vigila, y más arriba aún, como respondiendo a un desafío, el vuelo seguro de grandes aves negras.

Estamos frente a las enormes puertas de hierro de la esclusa. Luego, un hilo de luz aparece entre ellas mientras se van abriendo lenta y silenciosamente. El inmenso estanque queda ante nuestra vista con sus altos murallones desnudos, majestuoso como un templo. Remolcados por pequeñas locomotoras, avanza-

mos hasta el fin y las compuertas vuelven a cerrarse tras nuestras espaldas. Desde el fondo surge el agua que llena la esclusa levantando la pesada mole de la nave una decena de metros sobre el nivel del mar. El interés de todos se desata en averiguaciones y comentarios. De lo que fueron selvas y cerros perdidos en la fiebre del trópico el genio del hombre ha hecho una arteria del mundo. El agua domada también como el fuego. Contenida su fuerza devastadora, entra y sale, mesurada, dócil, casi sin ruido, obedeciendo la voluntad del amo. Ah, si un día recobrara su libertad, saltando sobre los muros de piedra. Algo dice de la fiera temible ese gruñido sordo que viene de abajo.

Después de atravesar el pequeño lago Miraflores dos nuevas esclusas nos permiten subir unos quince metros más y seguir el estrecho canal que se dilata en el lago Gatun. La vista se extasia contemplando los rincones misteriosos donde los brazos del agua se extienden, tentando bajo la fronda el seno tibio de la tierra.

Entrada ya la noche salimos del Canal. Hemos descendido otras tres esclusas y estamos en Colón. Ciudad exótica nos pareció en los breves instantes que pasamos bajo sus portales. Había llovido con frecuencia, el aire estaba fresco, oloroso. Una muchedumbre abigarrada paseaba frente a las vitrinas llenas de luz. Llegamos hasta los barrios oscuros del placer plebeyo, donde los marinos de todas las razas beben, cantan, estrechan la hembra y se van. La alegría bulliciosa de los rubios se desataba paralela a la de los negros, aunque estaban en los mismos sitios y era igual el afán que los movía.

Volvimos al barco trayendo el perfume lujurioso de sus flores y la pena de ver a los hombres tan extraños los unos a los otros.

Mientras dormíamos el buque ha zarpado.

Fuga continua de todo. Del hogar que mis sentidos no perciben, de la tierra natal que no sustenta mis pasos, de los pueblos que vimos, de los mares que surcamos, de las aves, las noches y las auroras que pasaron. Oh, juego de las cosas en el alma del viajero!

Hace dos días que dejamos la Isla de Jamaica con sus cerros, sus palmeras y sus nubes recostadas en el mar.

Ahora estamos en La Habana. Fin de etapa y comienzo de otra. Gran movimiento de pasajeros. Cerca de doscientos trabajadores españoles con sus mujeres y sus hijos repletan nuestra sección. Como no hay camarotes suficientes se amontonan en los rincones y duermen sobre las mesas. Son emigrantes que han venido a la América en busca de bienestar y deben de volver a terminar sus días en la miseria, allá en su patria; muchedumbres latigueadas por todas las amarguras.

Hemos dicho adiós a las aguas tranquilas del Pacífico, al sol ardiente, al cielo puro y a las tierras salvajes de la América, y ahora avanzamos en la vasta soledad del Atlántico inquieto. La nave hiende las verdes aguas y de la blanca herida sube un murmullo dulce que recuerda algazaras de niños y canciones de madre. ¡El Mar! Emoción indefinible y profunda. ¿Qué palabras de ternura para decir de él cuando duerme inocente bajo el velo de la luz que le cubre? ¿qué expresiones fugaces para seguir la onda traviesa que persigue a su hermana, se enrosca, revienta en espuma, suspira y se pierde? Del incendio de la tarde ¿cómo retener la orgía de colores? y en la noche estrellada cuando todo el esplendor se refugia en los cielos ¿qué plegaria humilde musitar al infinito? Si la sencilla majestad del mar en calma escapa de nuestro lenguaje; como revivir la belleza inaudita del huracán?

Le hemos visto. Un estremecimiento de escalofrío agita sus aguas; la niebla cierra el horizonte, oculta el cielo, nos estrecha como en una caverna. Los ojos no ven ruta alguna sino las trizaduras de fuego que traza el rayo en la noche que nos sepulta. La lluvia cae con fuerza y el viento silba en cada cuerda como si un nudo de serpientes mordiera en ellas. Las olas saltan en la cubierta parecidas a monstruos que buscaran su presa, y el trueno rueda desde lo alto como la voz de combate de un dios implacable.

El frío eriza nuestra carne temblorosa. Todo cruje en el barco

que sube y baja objeto de todas las cóleras. Los marineros que maniobran envueltos en sus negros impermeables parecen seres de otro mundo venidos a la hora del peligro.

¡Poema del mar, que despiertas las viejas voces
de guerra del hombre frente a la muerte quien
pudiera cantarte!